



LOS LIBROS DE ALFREDO

LA PUERTA FALSA

Alfredo Gómez Cerdá

Si algo caracterizaba a Víctor eran sus enormes ganas de vivir. Por eso, Arturo y Mariana no dan crédito a la noticia de que su amigo se ha suicidado y deciden comenzar una investigación para averiguar qué se esconde detrás de tan misteriosa muerte.

Pero no cuentan con que hay puertas que es mejor no abrir.

La puerta falsa es una inquietante novela en la que hay lugar para los secretos, para el amor e, incluso, para los científicos siniestros.

1

Le pareció escuchar el timbre del teléfono y, por un momento, hasta pensó saltar de la cama e ir a cogerlo. Alzó la cabeza lo justo para echar un vistazo al reloj despertador que, como de costumbre, estaba sobre la mesilla y, aunque apenas pudo despegar los párpados, los números rojos se le clavaron en el cerebro.

–¡Las diez! –exclamó.

Recapacitó un instante y se dio media vuelta en la cama. No podía ser para él, ninguno de sus amigos le llamaría tan temprano y al teléfono fijo, sobre todo después de haber estado la noche anterior de marcha. Así que no haría ni caso del timbre. Ya lo cogería alguien. Y si no había nadie en casa, que sonase hasta hartarse, que él no pensaba mover ni uno solo de sus músculos.

–¡Arturo!

Arturo era su nombre. Y alguien lo había pronunciado; alguien conocido, porque esa voz le resultaba familiar, muy familiar.

–¡Arturo, es para ti!

Sacó la cabeza del embozo y giró su cuerpo muy despacio; luego hizo un esfuerzo por abrir los ojos. Como se había imaginado, su hermana Gloria estaba junto a la puerta de su cuarto. Lo miraba fijamente, muy seria, como si en los torpes movimientos de su hermano pretendiera descubrir alguna cosa.

–¡Qué es para ti! ¿Estás sordo?

–No estoy sordo, sino dormido.

–Pues espabílate de una vez.

–¿Por qué no has dicho que no estaba en casa?

–Lo he pensado, pero no me he atrevido.

A Arturo le desconcertaron un poco las palabras de Gloria. ¿Por qué no se había atrevido? Otras veces lo había hecho sin problema. Ya la tenía aleccionada para que buscara cualquier excusa cuando lo llamasen mientras estaba durmiendo. Dormir era sagrado para él. Si no dormía lo necesario, se sentía otra persona: cambiaba su carácter, se alteraba su estado de ánimo, perdía el control de sus reacciones...

–¿Y por qué no te has atrevido? –le preguntó a Gloria.

–Porque es la policía.

Los mismos ojos que segundos antes solo habían conseguido entornarse con dificultad, ahora se abrieron como platos.

–¿La policía? –preguntó extrañado.

–Eso han dicho.

Mientras saltaba de la cama y se dirigía al teléfono más próximo, Arturo iba repasando lo que había hecho la tarde-noche del día anterior. Víctor y él habían quedado con el resto de la panda en el bar de siempre. Allí habían estado jugando al *Trivial* y viendo un partido de baloncesto por la tele; allí también se habían comido unos bocadillos antes de irse a la discoteca. Y luego... nada raro. Nadie se había pasado con la bebida y ellos no tomaban ni llevaban drogas, ni siquiera una mísera pastilla. No hubo ninguna discusión en la pista de baile, ninguna bronca en la entrada con los gorilas, ninguna pelea... Habían ido en grupo y habían permanecido todo el rato juntos, hasta que se despidieron en Argüelles. Por tanto, nada de nada.

–¿La policía? –volvió a preguntar a Gloria.

–Eso han dicho –repitió ella.

–¿No será una broma?

–Solo saldrás de dudas cuando cojas el teléfono.

Por un momento, Arturo había llegado a pensar que se trataba de una trastada de Alejo, siempre tan vacilón; pero la realidad se impuso con su coherencia aplastante: Alejo había estado con ellos hasta última hora y, a pesar de su afición desmedida por las bromas, no sería capaz de poner el despertador a las diez de la mañana para una cosa así. Dormir a pierna suelta le gustaba mucho más que gastar bromas al prójimo.

–Diga...

–¿Arturo Candanedo Martínez?

Una voz fría, distante, había pronunciado su nombre o, mejor dicho, lo había preguntado. Desde luego, aquélla no era la voz de Alejo, o estaba disimulando muy bien o...

–Soy yo –respondió Arturo.

–Te llamo desde la comisaría de policía. Soy el inspector Alonso.

Arturo sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Le sudaban las manos y notaba que el corazón se aceleraba paulatinamente dentro de su pecho.

–¿La comisaría...? –preguntó sin saber por qué.

–Estamos localizando a todas las personas con las que estuvo anoche Víctor Romero Sánchez. Sus padres nos han dicho que tú eras su mejor amigo, ¿no es así?

–Sí, lo soy.

Cada segundo que pasaba, Arturo se sentía más desconcertado. Quería preguntar a aquel hombre, inspector o lo que fuera, qué demonios había ocurrido para que lo llamasen a su casa; pero quizá un mal presentimiento le impedía tomar la iniciativa, como si de esta forma pudiera evitar algo imprevisto y desagradable.

–¿Podrías pasar un momento por la comisaría esta misma mañana? –preguntó aquella voz sin variar de tono.

–Sí.

–Te agradecería que vinieras cuanto antes; si puede ser ahora mismo, mejor. Solo tendrás que responder a

unas preguntas. Puro trámite. Ya te imaginarás que en estos casos tenemos que abrir un expediente y debemos cumplimentar algunas cosas. Toma nota de la dirección.

Arturo apuntó en un papel la dirección que le dijo aquel hombre y luego sintió que no podía continuar ni un segundo más manteniendo una conversación tan absurda. Por eso, preguntó directamente:

—¿No va a decirme de qué se trata?

—Pero... ¿no lo sabes aún? —preguntó también el inspector Alonso.

—Ni sé nada ni entiendo nada.

—Pues lamento tener que ser yo quien te lo diga. Si algo odio de mi trabajo es tener que...

—¿Qué ha ocurrido? —le cortó Arturo, y su pregunta ya presagiaba algo terrible.

—Víctor Romero Sánchez, tu amigo Víctor, ha muerto esta noche.

—¿Es una broma?

Una extraña risa nerviosa se había apoderado de Arturo. Era tan solo una risa aparente, un rictus de su boca, un gesto de su cara; algo incontrolable y estúpido, tan estúpido como las palabras que acababa de escuchar.

—¡Alejo, eres un cabrón! —dijo sin ninguna firmeza—. ¡Te has pasado! ¡Esta broma no te la pienso perdonar en la vida! ¿Me oyes? ¡No tiene ni pizca de gracia!

Pero, imperturbable, aquella voz fría, monótona, indiferente, continuó desgranando palabras:

—Víctor se ha quitado la vida al amanecer, arrojándose al vacío desde el Viaducto.

2

Alzó la cabeza y dejó que el agua le cayera directamente en la cara, borrando de esta manera las huellas de sus lágrimas. Luego, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo y sintió frío, a pesar de que el agua salía tan caliente que había formado una nube de vaho que ocupaba todo el espacio del cuarto de baño; era un frío extraño, desconocido hasta entonces; un frío que parecía provenir de las entrañas más recónditas de su propio cuerpo; un frío que no podía ser combatido con el calor asfixiante del exterior.

Se contrajo lentamente hasta hacerse un ovillo. Con los brazos se aferraba a las piernas dobladas. El agua ahora le caía sobre los hombros y le resbalaba por la espalda.

Era tanta y tan grande la turbación de Arturo, que ni siquiera se sentía capaz de encadenar un par de pensamientos con un mínimo de cordura, y se repetía obsesivamente un «por qué» al que no sabía encontrar una respuesta coherente.

Le parecía imposible que Víctor se hubiera quitado la vida, como aquel inspector de policía le había asegurado minutos antes por teléfono. Conocía muy bien a Víctor, lo conocía mejor que nadie —seguramente, hasta mejor que sus padres—. Era su amigo prácticamente desde el día de su nacimiento. Era su mejor amigo. Era su amigo del alma. Y si había alguien en el mundo con ganas de vivir, de disfrutar de todos y cada uno de los instantes de la existencia, ése era Víctor.

Arturo recordó los momentos en que se enzarzaban en discusiones filosóficas, como a ellos les gustaba llamarlas, durante el trayecto entre el instituto y sus casas. En esas ocasiones, él era quien solía mostrarse más apático e, incluso, hasta un poco nihilista.

–A veces pienso si tiene sentido todo esto.

–¿Todo esto? –preguntaba de inmediato Víctor.

–Me refiero a vivir.

–Yo ni siquiera me lo planteo.

–Pero hay días en que me levanto con una sensación extraña, de abatimiento, y pienso que todos estamos metidos en una especie de pozo negro muy profundo.

–A mí me gusta demasiado la vida: respirar, sentir los latidos de mi corazón, abrir los ojos cada mañana, soñar despierto a todas horas...

¿Por qué alguien con esas ideas había decidido poner fin a su existencia?

En esos instantes, Arturo sentía que Víctor era mucho más que un amigo, que era una parte de sí mismo, una parte necesaria para poder afrontar día a día su propia existencia. Sin el sostén de Víctor... ¿qué sería de él?, ¿en qué voz y en qué palabras se iba a apoyar en adelante?, ¿qué mirada le iba a transmitir un poco de certeza?, ¿qué mano iba a encontrar siempre tendida a su lado?

Trató de convencerse de que todo era un sueño.

Por un momento, lo vio claro y a punto estuvo de comenzar a reír. ¡Un sueño! ¡Solo era un sueño! ¡Un disparatado sueño! Pronto se despertaría y la vida, su vida, no habría cambiado en absoluto y ambos –Víctor y Arturo– seguirían con sus planes para el incipiente verano, que se abría como un abanico mágico que debería proporcionarles tantas y tantas experiencias.

Víctor y él pensaban hacer un recorrido por Europa y lo iban a hacer por primera vez solos, sin la compañía pro-

tectora de sus respectivos padres. Ya habían sacado los *Inter Rail* para moverse a sus anchas por gran parte del continente durante un mes; ya habían hecho la lista de las cosas necesarias –imprescindibles– que deberían llevar, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de las noches dormirían en *campings* o albergues; ya habían trazado en un mapa el recorrido aproximado que pensaban realizar...

¡Un sueño!

Arturo abrió los ojos al máximo, como si con este gesto quisiera salir de aquella pesadilla macabra que le tenía prisionero, pero la visión no cambiaba en absoluto: la superficie de la bañera, el desagüe, los grifos cromados, el agua deslizándose por sus rodillas y sus brazos...

Entonces no pudo evitar una sensación de desamparo.

Él, a pesar de que seguía vivo, comenzó a sentirse la víctima. Él se quedaba en el mundo de los vivos, él tendría que salir adelante y –estaba seguro– a partir de aquel momento le iba a costar más trabajo, muchísimo más trabajo. Quizá esa sensación lo llevó a pronunciar en voz alta una frase que le sorprendió:

–¿Por qué me has hecho esto, Víctor?

Pero... ¿eran justas sus palabras? No sería más apropiado haber dicho: «¿Por qué te has hecho esto, Víctor?».

Arturo estaba sumido en el mar de la más absoluta confusión: las olas negras lo zarandeaban sin piedad, arrastrándolo por momentos hasta la oscuridad de las simas más profundas y tenebrosas.

Recobró fuerzas para enderezar su cuerpo, para cerrar el grifo y envolverse en una toalla grande. De espaldas al espejo, pues sentía pavor de ver su propio rostro reflejado en la superficie de cristal, se secó y se vistió.

Cuando salió al pasillo se encontró a Gloria, que tal vez lo estaba esperando, con su rostro arrasado por las lágrimas, con los ojos abultados y enrojecidos. Se abrazaron con fuerza, en busca quizá de algo de calor, de un poco de consuelo.

–¡Es horrible! –susurró ella.

–Es irreal –replicó él.

Se separaron y se quedaron un buen rato mirándose, en silencio. Luego, Gloria le preguntó:

–¿Vas a esperar a que vuelvan papá y mamá?

–No.

Y Arturo salió de casa. Solo cuando se encontraba caminando por la acera de su calle, pensó en el camino que debería tomar para llegar a la comisaría de policía.

3

La comisaría estaba en un edificio relativamente nuevo, de grandes dimensiones, sobrio y con predominio absoluto del color gris, más claro por algunas partes y más oscuro por otras. Frente a la puerta principal había una especie de garita o de puesto de control junto a una barrera de seguridad. Por allí se podía acceder a una pequeña explanada, dónde permanecían aparcados varios coches patrulla.

Dentro de la garita de control se encontraba un policía uniformado que hojeaba con indiferencia un diario deportivo. Arturo hizo intención de detenerse, pero al ver que el policía ni se inmutaba por su presencia, sorteó la barrera y continuó hacia la puerta. Allí sí que fue interrogado por otro policía que estaba tras una especie de mostrador.

–¿Adónde vas? –le preguntó sin más.

Arturo se quedó un instante desconcertado. Sabía, por supuesto, adónde iba; pero su mente estaba demasiado confusa para acertar con la respuesta.

–Los sábados no se abre la oficina del DNI –continuó el policía–. Si quieres renovar el carné o sacar el pasaporte, tendrás que volver el lunes. Trae dos fotografías.

Las palabras del policía lo embarullaron aún más, pero en medio del caos recordó un nombre y lo dijo en voz alta.

–Inspector Alonso.

–¡Ah, vienes por lo de ese muchacho que se ha tirado por el Viaducto! –reaccionó el policía–. Sube por las esca-

leras hasta la primera planta. Allí giras a la derecha y enseguida verás su despacho. Ya han llegado otros.

Mientras subía las escaleras, Arturo trataba de borrar de su mente las palabras que acababa de oír, esas palabras tan duras que certificaban una vez más la tragedia. Recurría a mil estratagemas: una nube densa de humo que tapaba las palabras, un borrón inmenso de tinta, una varita mágica que las hacía desaparecer...

Al llegar a la primera planta giró a la derecha, como le había dicho el policía de la entrada, y no había dado cuatro pasos cuando se detuvo en seco. Frente a una puerta cerrada, de pie, estaban Mariana, Vicky y Alejo. Sus rostros, aunque eran perfectamente reconocibles, parecían distintos.

Arturo sintió unas ganas enormes de acercarse a ellos, de fundirse en un abrazo con todos; pero las piernas no le obedecían y, aunque él quería echar a andar, permanecía muy quieto, como una estatua de piedra clavada en medio de aquel pasillo desangelado.

Fue Mariana la que, al verlo, corrió hacia él y quien lo abrazó con tanta fuerza que parecía querer asfixiarlo entre sus brazos.

—¡Arturo, Arturo, Arturo!... —repetía una y otra vez.

Y aquel abrazo le devolvió las fuerzas y fue capaz de llegar hasta la puerta del despacho del inspector Alonso.

Miró a Vicky, que parecía ausente, como en una remota galaxia a millones de kilómetros del planeta Tierra. Miró a Alejo, que trataba de secarse infructuosamente las lágrimas con un pañuelo, y lamentó haber llegado a pensar que lo ocurrido no había sido más que una de sus bromas. El dolor estaba tan presente que parecía que hasta podían tocarlo.

—¿Estabais con él cuando...? —pudo preguntar Arturo al cabo de unos minutos.

Vicky y Alejo negaron con la cabeza. Fue Mariana la que dio algunas explicaciones.

—Cuando te dejamos a ti con esa chica, bajamos andando desde Argüelles hasta la plaza de España. Allí tuvimos que esperar un rato en la parada del autobús, hasta que llegó el búho. Íbamos todos sentados en la parte de atrás; pero cuando salimos del túnel del Palacio Real, Víctor se levantó de un salto y pulsó el timbre de parada. Se bajó del autobús sin decir nada y sin darnos tiempo a reaccionar. Miramos por el cristal trasero y vimos cómo nos sonreía desde la acera y nos hacía señas con los brazos. Parecía hacerle mucha gracia. Tú ya sabes cómo era: a veces le gustaba hacer cosas así, sin sentido. Pensamos que prefería volver andando hasta el barrio. A ninguno se nos ocurrió pensar que...

Mariana no pudo continuar con el relato, pero a Arturo le pareció suficiente para hacerse una idea de lo ocurrido. De pronto, recordaba más detalles de lo que habían hecho la noche anterior, o, al menos, de lo que había hecho él.

En la discoteca había conocido a una chica, ahora estaba seguro, aunque no podía recordar su nombre. Por ese motivo no había vuelto a casa con los demás, como acostumbraba. Aquella chica le había dicho que vivía por Cuatro Caminos y él, prendado de su mirada, se había ofrecido gentilmente a acompañarla.

Recordaba que en el cruce de Princesa con Alberto Aguilera se habían despedido.

—¡Menudo bombón! —le había dicho Víctor en voz baja, guiñándole un ojo—. Cuando caiga en tus redes, pregúntale si tiene una amiga como ella.

Arturo le había apartado de un empujón y se había despedido del grupo lanzándoles un par de besos.

—Mañana nos vemos donde siempre —les dijo a modo de despedida.

—Mañana nos vemos y nos cuentas —rió Víctor.

Arturo lo fulminó con la mirada antes de echar a andar.

Y ahora podía recordar perfectamente el rostro del amigo, un rostro que había perdido todo movimiento y parecía haberse convertido en una fotografía: un rostro risueño y divertido, un rostro sano y optimista, un rostro amable y generoso... De ninguna manera podía pensarse que aquel rostro perteneciera a una persona que iba a quitarse la vida unos minutos después.

El inspector Alonso los hizo pasar a su despacho de uno en uno. Con la misma dosis de amabilidad que de frialdad, los invitó a sentarse frente a su mesa, abarrotada de carpetas y papeles, que casi sepultaban el terminal de un ordenador.

Las preguntas fueron las mismas para todos y hacían referencia a su relación con Víctor y a lo que habían hecho la noche anterior. Mientras hablaban, él apuntaba algunas cosas en un papel, aunque la mayoría del tiempo se dedicaba a escucharlos sin más, con forzado interés.

Cuando Arturo llegó al momento del relato en que se marchaba con la chica que había conocido, el inspector, como si acabase de descubrir algo, hizo un gesto aparatoso con sus manos y exclamó:

–¡Así que tú eres el que ligó con la chica de Cuatro Caminos!

–Sí –se limitó a decir Arturo.

–Descuida, que no voy a preguntarte lo que pasó entre esa chica y tú –bromeó el inspector; pero al momento recapacitó sobre la inoportunidad y el mal gusto de su broma y trató de enmendarlo–. Discúlpame, muchacho; reconozco que no he estado muy afortunado.

–No importa –aceptó las disculpas Arturo.

–No voy a molestarte más. Sé que tú eras su mejor amigo y me imagino el trago que debes de estar pasando.

Entonces el inspector se levantó, se dirigió a un armario de metal y lo abrió de par en par. De varias repisas colgaban infinidad de carpetas, cada una con una pequeña etiqueta identificativa. Señalando con su dedo índice recorrió varias de ellas, hasta que se detuvo en una, la abrió y sacó un sobre tipo bolsa de color marrón. Con el sobre en la mano, regresó a la mesa y extrajo de él cuatro fotografías. Eran fotografías tipo carné, pero de mayor tamaño. Las colocó sobre la mesa, delante de Arturo, y le dijo:

–Solo una cosa más. Por favor, mira estas fotografías con atención.

Arturo las miró de una en una. Las fotografías correspondían a cuatro jóvenes distintos, dos chicos y dos chicas.

–¿Reconoces a alguno?

–No.

–¿Estás seguro?

–Sí, completamente seguro.

El inspector Alonso recogió las fotografías y las guardó de nuevo en el sobre.

–Puedes marcharte –dijo.

Arturo se puso de pie y se dirigió hacia la puerta; pero a mitad de camino se detuvo y se volvió al inspector.

–¿Quiénes eran? –preguntó.

–Te lo diré –respondió el inspector–. No es ningún secreto, aunque sus retratos no se hayan difundido. Cuando se producen estas penosas circunstancias, los familiares no quieren que se publiquen fotografías. Los cuatro jóvenes han muerto en los últimos quince días y los cuatro se quitaron voluntariamente la vida. Tu amigo Víctor ha sido el quinto. Te aseguro que, aunque se trate de suicidios probados, el caso trae de cabeza a esta comisaría. Todos los suicidios se han producido en nuestra demarcación.

Arturo recordó alguna noticia leída en el periódico que hacía referencia a esos hechos y un titular llamativo y tremendista: *Ola de suicidios en el centro de Madrid*. Recor-